

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de otoño del 2011**

**TEMA GENERAL:
EXPERIMENTAR, DISFRUTAR Y EXPRESAR A CRISTO**

Mensaje cuarenta y siete

En las epístolas de Pedro

(2)

La suprema preciosidad de Cristo

Lectura bíblica: 1 P. 1:7, 19; 2:4, 6-7; 3:4; 2 P. 1:1, 4

I. Los creyentes de Cristo deben tener un cambio en su concepto de valores—Mt. 23:16-26; 1 S. 16:7; Lc. 16:15; 9:54-56; 1 P. 3:4:

A. El concepto apropiado de lo que es valioso para los creyentes se puede ver en la manera en que valoran y evalúan los siguientes aspectos de Cristo y Su plena salvación—Mr. 9:7-8; 2 Co. 2:10; 4:7; 1 P. 1:8:

1. La manera en que evalúan al Señor Jesús—Sal. 118:22; 1 P. 2:7.
2. La manera en que evalúan la palabra de la cruz—1 Co. 1:18; 1 P. 2:24; 3:18.
3. La manera en que evalúan el reino y la justicia de Dios en comparación con las necesidades diarias humanas—Mt. 6:32-33; 2 P. 1:1, 11, 21; 2:5; 3:13.
4. La manera en que evalúan al Señor Jesús en comparación con sus familiares—Mt. 10:37-38; Lc. 18:26-30; 1 P. 1:1, 17; 2:11a.
5. La manera en que evalúan el alma del hombre en comparación con todo el mundo—Mt. 16:26; 4:8-11; Ap. 18:13; 1 P. 4:19.
6. La manera en que evalúan su cuerpo en comparación con la seriedad del pecado y las consecuencias que acarrea—Mt. 18:8-9; 2 P. 3:10-13.
7. La manera en que evalúan una posición jerárquica en comparación con ser esclavos del Señor y esclavos los unos de los otros—Mt. 20:25-27; 1 P. 2:16; 2 P. 1:1.
8. La manera en que evalúan a Cristo como el tesoro de justicia en comparación con el tesoro terrenal—Job 22:23-28; Mt. 12:18-21; Is. 42:1-4; 1 P. 1:18-20.
9. La manera en que evalúan el disfrute del pecado en comparación con el galardón invisible—He. 11:24-27; 1 P. 1:8-12; 2 P. 1:8-11; 2:20-22.
10. La manera en que evalúan el conocimiento de Cristo en comparación con todas las cosas—Fil. 3:7-8; 1 P. 1:8; 2 P. 1:2-3, 8; 2:20; 3:18.

B. “Si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca”—Jer. 15:19, cfr. v. 16; Job 23:12; Sal. 119:9-16, 72, 103; 2 Co. 6:10.

II. Cristo mismo es lo máspreciado para Sus creyentes—1 P. 2:7; Fil. 3:8-9:

A. Pedro fue fascinado (atraído y cautivado) por el Señor a tal grado que a pesar de haber sido reprendido por Él muchas veces y de haber fracasado miserablemente, él siguió al Señor como Su Pastor hasta su martirio—Lc. 5:8-11; Mr. 14:67-72; 16:7; Jn. 21:15-22; 2 P. 1:14-15.

B. Pedro comprendía que él, Jacobo y Juan habían sido admitidos en el grado más alto de iniciación cuando el Señor se transfiguró, admitidos para ser iniciados como espectadores de la majestad del Señor—vs. 16-18; cfr. 1 P. 5:1.

III. La piedra preciosa útil para el edificio de Dios es Cristo mismo—2:4, 6-8:

- A. En la economía neotestamentaria de Dios, Cristo, por ser la escogida y preciosa piedra angular de Dios, nos salva al hacer de nosotros piedras vivas y nos transforma para que sea edificada la casa espiritual de Dios, Su morada—Hch. 4:11-12; Ef. 2:20-22.
- B. Cristo, la piedra viva, preciosa y todo-inclusiva, es la centralidad y universalidad en el mover de Dios para que sea edificada Su morada eterna—Mt. 21:42, 44; Hch. 4:10-12; Is. 28:16; Ef. 2:19-22; Zac. 3:9; 4:6-7; Dn. 2:34-35.

IV. La preciosa sangre de Cristo nos redimió de nuestra vana manera de vivir—1 P. 1:14, 18-19:

- A. La sangre redentora de Cristo es la sangre del pacto que nos introduce en la presencia de Dios, en Dios mismo y en el pleno disfrute de Dios en Su naturaleza santa, para que seamos santos en toda nuestra manera de vivir y lleguemos a ser Su sacerdocio santo y la ciudad santa—vs. 2, 15-17; Ef. 1:4; Ap. 21:2, 16.
- B. Si vemos que fuimos redimidos, comprados, adquiridos, por el alto precio de la preciosa sangre de Cristo, esta comprensión hará que vivamos de una manera santa con un temor santo—1 P. 1:15-19; Hch. 20:28; cfr. Is. 11:2.

V. Nuestro Dios y Salvador Jesucristo nos ha concedido preciosas y grandísimas promesas—2 P. 1:1, 4; cfr. Is. 42:6; He. 8:8-12:

- A. Cuando invocamos el precioso nombre del Señor, le bebemos como la copa de la salvación, y así le disfrutamos como la realidad de todas las preciosas y grandísimas promesas de Dios, para que se logre la meta de obtener el edificio de Dios—Hch. 4:10-12; Sal. 116:12-13.
- B. Estas preciosas promesas están corporificadas en la Palabra de Dios; cuando oramos-leemos dichas promesas, participamos y disfrutamos de la naturaleza divina, y así crecemos y nos desarrollamos en la vida divina hasta alcanzar la madurez de vida en la que disfrutaremos de una rica entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo—2 P. 1:4-11.

VI. Dios nos ha asignado a todos los creyentes una fe igualmente preciosa—v. 1:

- A. Así como a los hijos de Israel se les asignó una porción de la buena tierra, Dios nos ha asignado a Cristo como fe, lo cual hace que nuestro espíritu regenerado, el hombre interior escondido en el corazón, sea un espíritu de fe—Jos. 13:6; Col. 1:12; 1 P. 3:4; 2 Co. 4:13.
- B. Todos tenemos la misma fe preciosa en cuanto a calidad, pero la cantidad de fe que tengamos dependerá de cuánto contacto tengamos con el Dios vivo, lo cual hace que Él aumente en nosotros—Ro. 12:3; He. 11:1, 5-6, 27; Col. 2:19.

VII. La preciosa prueba de nuestra fe se efectúa mediante las diversas pruebas que nos sobrevienen por medio de las aflicciones—1 P. 1:7:

- A. Debemos pagar el precio para ganar más de Cristo, quien es la fe de oro que se obtiene a través del fuego de la tribulación, para que la prueba de nuestra fe sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado el Señor—v. 7; Ap. 3:18a.
- B. Los creyentes que lleven una vida victoriosa por medio de la fe serán hallados por Cristo a Su regreso como los tesoros que están listos para recibir la salvación de sus almas, lo cual será el fin (el resultado) de su fe—1 P. 1:8-9.

VIII. Debemos redimir el tiempo para disfrutar a Cristo como la suprema preciosidad de Dios, para que al estar constituidos de Él seamos varones preciados que sean Su tesoro personal; de este modo, Él se forja en nuestro ser para que lleguemos a ser Su casa espiritual y Su santo y real sacerdocio, a fin de que se cumpla el deseo de Su corazón—2:7; 3:4; Dn. 9:23; 10:11, 19; 2 Co. 2:10; Sal. 16:5; Éx. 19:4-6; 1 P. 2:1-9; 2 P. 3:8, 11-12.